SUPLEMENTO DOMINICAL

EL DIARIO

ARTE Y LETRAS

La Paz, Domingo 3 de Febrero de 1952.

ESPLENDOR Y RUINA DE COBIJA

por Antonio S. Ondarza

Para EL DIARIO.

Cobija fué el primer puerto que tuvo Bolivia en el Pacífico y el más importante, por aquellos años, en Sudamérica. Hoy este interesante puerto del pasado yace en ruinas, y sólo lo habitan, por temporadas, los **mariscadores** que recorren la costa, los contrabandistas que conocen las **caletas** y los buscadores de **entierros** que, día y noche, remueven la tierra buscando joyas, monedas de oro y plata e infinidad de objetos de valor que dejaron abandonados los pobladores, en su huída, ante el cataclismo sufrido en los años 1867 y 1877, fecha esta última en que desapareció para siempre el puerto de Cobija.

FUNDACION DE COBIJA

Sólo era una Caleta pesquera, Cobija, antes del año 1825. Habitaban esta parte de la costa los indios **Changos**, oriundos, según unos, de la desembocadura del río Loa, y, según opinión de otros, de la Altiplanicie Andina. En medio de éstos vivían algunos españoles que ya explotaban minas, así como altoperuanos que bajaron del interior de la Audiencia de Charcas, tras la busca de minerales que descubrieron en Tocopilla, Gatico, Michilla, etc. Fué el Libertador don Simón Bolívar, que por decreto de fecha 28 de diciembre de 1825, promulgado en Chuquisaca, que dió a esta **Caleta** el habilitamiento como puerto principal, de Bolivia, en consideración a las enormes ventajas que poseía para embarques y desembarques de toda clase de mercaderías para el interior del país. **Cobija** fué bautizada por el Libertador con el nombre de **Lamar**, en recuerdo del prócer de la Independencia de Colombia y **Mariscal del Perú** don José Lamar.

PROGRESO DEL PUERTO

Habilitada la **Caleta**, como puerto principal, se transformó rápidamente en una ciudad-puerto de primera magnitud, en el Pacífico, y en el más aristocrático balneario boliviano, en donde pasaban temporadas veraniegas las más distinguidas familias de la Nacion, que empezaron a construir sus casas, y en varias de las cuales se radicaron definitivamente en la costa, teniendo muchas, todavía, vigentes sus títulos de dominio que se encuentran reinscritos en el **Archivo Nacional de Chile**; pero no enrolados, en Impuestos Internos, por considerárseles hoy como sitios **eriazos**, habiendo muchos sitios pasado ya a Bienes Nacionales, oficina dependiente del Ministerio de Tierras y Colonización. Hasta hace unos pocos años, una sociedad agrícola, formada por colonos yugoslavos, solicitó al Fisco de Chile la concesión de todo lo que era el puerto de Lamar, a fin de formar ahí una pequeña colonia agrícola, usando para el riego las aguas de las norias que aún existen y otras aguas del subsuelo; pero no tuvo éxito la petición por la reclamación que presentaron los tenedores de sitios, chilenos, bolivianos y peruanos.

LUJO Y DERROCHE

Se cuenta que el lujo que existía en Cobija y el derroche de dinero eran asombrosos, así como las fiestas sociales, que se efectuaban a todo rango eran principescas. El descubrimiento de los minerales de plata de **Caracoles** trajo inmensas fortunas a Cobija, en donde se dilapidaban en suntuosas fiestas y juegos. Por narración oral se conoce, y cuentan los antiguos habitantes del **Norte de Chile**, que el fin de Cobija no fué otra cosa que un castigo de Dios, a tanta ostentación y lujuria...

De ochenta habitantes que tenía el puerto de Lamar antes de 1825, subió a más de seis mil habitantes en 1867, despoblándose completamente en 1877, a raíz del terremoto y marremoto sufridos, por los que la gente emigró a otros pueblos de la costa.

Del puerto de Lamar salieron los fundadores de **Antofagasta, Mejillones y Tocopilla**, y también los descubridores de las **guaneras y salitreras**. Fué el Mariscal don Andrés de Santa Cruz, quien dió más importancia al puerto de Cobija, y fué también el primer Presidente de Bolivia que llegó al Litoral y quien hizo ensanchar el camino que unía la costa con el interior del país, cuya extensión abarcaba una distancia de 150 leguas, divididas en varios tramos, y su recorrido de la costa a Potosí duraba de treinta a cincuenta días, más o menos.

EL FIN DE COBIJA

Estaba en pleno auge el puerto de **Lamar**, en 1868, cuando le sobrevino la primera hecatombe. Fué el 13 de agosto del mencionado año, después de estar por terminarse las fiestas patrias, que duraban una semana, cuando el puerto fué preso de un extraño ruido subterráneo, tras el cual un fuerte sacudón trajo por el suelo a más del 60 por 100 de las edificaciones, con el consiguiente número de muertos y heridos que quedaron atrapados bajo los escombros. Todo el resto de la población no pensó otra cosa que abandonar el puerto; pero el auxilio prestado por el Gobierno hizo restablecer los ánimos y se empezó a reedificar nuevamente el puerto de Lamar. El gobierno tuvo noticias del terremoto por los arrieros que venían de la costa, después de veinte días de ocurrido el desastre.

Estaban en plena labor de reconstrucción los pobladores del puerto, que quedaban, cuando a los pocos meses la fiebre amarilla que azotaba la zona de la costa del Pacífico apareció en Cobija, siendo el centro más agudo de esta peste, diezmando la población y haciendo huir a los que sobrevivían de la catástrofe.

Un parte de la época decía:

"**Prefectura del Departamento de Cobija.**— Febrero, 18 de 1868. Al Prefecto del Dpto. de La Paz. Señor: El triste cuadro que presenta este puerto, y con un número considerable de muertos, es digno de llamar la atención de los demas pueblos de Bolivia. La fiebre amarilla que tenía su asiento en las costas del Perú, y que jamás invadió las de Bolivia, por fin ha llegado a hacer sentir el formidable peso de su devastación. En vano es forcejear contra los fallos de la Providencia; en vano, porque apenas habrá otra autoridad que, como yo, hubiese tomado las medidas de precaución, ya impidiendo el contagio por mar y tierra y también ejercitando un sistema higiénico en su más amplia extensión. Todo esfuerzo ha sido inútil, y hoy, señor Prefecto, se encuentra este puerto desolado. Los pocos habitantes que existían han fugado en todas direcciones, huyendo del contgio, y los que aún quedan, muy raras excepciones hay de los que se han salvado.

Tristes gemidos salen de las casas y los cadáveres se amontonan en el Panteón. La administración está paralizada. Dígnese, señor Prefecto, hacerlo saber a los habitantes de ese distinguido departamento y aceptar las altas consideraciones con que quizá por última vez soy de Ud. atento servidor.—**José R. Taborga.**"

Después de la desgraciada situación causada por la fiebre amarilla, vino el despueble de Cobija, pero el gobierno atento a éste hecho que se iba produciendo, a fin de que no se llevara a cabo el éxodo completo, ayudó a viudas, huérfanos, y adjudicó una infinidad de sitios a los que se interesaron por ellos, otorgándoles títulos de propiedad. En esta forma mucha gente nueva llegó a Cobija, y también los antiguos pobladores, en su mayoría, se quedaron en el Puerto.

En 1871 empezó nuevamente Cobija a poblarse como en sus mejores tiempos, y el puerto a desempeñarse como el principal de Bolivia. Habían pasado ya cerca de siete años del terremoto y de otros males, cuando en 1877, el 9 de mayo de 1877, a las 8,30 p. m., el puerto fué sacudido por un fuerte movimiento de tierra, que duró segundos, los que bastaron para la destrucción casi total de las construcciones que alcanzaron a un porcentaje de un 90 por 100, siguiendo movimientos intermitentes, minuto tras minuto, como si la tierra tiritara y con un ruido subterráneo ensordecedor. Toda la población corría de un lado a otro buscando donde refugiarse; pero todo fué inútil, porque el mar empezó a recogerse hacia dentro, varias cuadras, y a los gritos: "**¡Se sale el mar!**", los que habían quedado con vida corrieron—algunos salvando heridos—hacia los cerros, mientras tanto, enormes montañas de agua se avalanzaron sobre el puerto de Cobija, con un ruido ensordecedor, destruyendo todo lo poco que había quedado en pie.

Media hora demoró el mar en recogerse, y éste fué el tiempo que tuvieron los pobladores solamente, para replegarse a los cerros vecinos; muchos, que no alcanzaron siquiera a llegar a los faldeos, fueron arrollados por esas inmensas montañas de agua.

Cobija estuvo sepultada bajo las aguas varios minutos; después de pasados éstos, las aguas volvieron al océano, llevándose tras sí todo lo que se oponía a su camino. Muchas casas de madera, íntegras, quedaron flotando en la costa, con familias enteras que no tuvieron tiempo de abandonarlas y se hundieron a vista y presencia de los pocos pobladores que miraban la hecatombe. Flotaban en las aguas un sinnúmero de cadáveres de seres humanos y animales, y en la orilla de la costa, al amanecer, se veía el ir y venir de muertos, que se producía con el flujo y reflujo de las aguas movidas por los fuertes oleajes, que los botaban a la orilla para volver a recogerlos. Así terminó Cobija, el primer puerto boliviano, y el principal puerto del Pacífico, por aquellos años, en que su auge llegó a todos los rincones del mundo, y por donde muchos minerales de plata, estaño y oro eran recogidos por naves de todas las nacionalidades. Desde 1877, el **puerto de Lamar** ha quedado tal cual se le vé hoy, cuando se atraviesa la carretera que va de Antofagasta al Norte, y tantos camiones y automóviles que viajan por esa carretera, la única a orilla de costa, siempre se detienen en el abandonado puerto de Cobija para mostrar a los viajeros lo que quedó del famoso puerto después del terremoto y marremoto sufridos.

LOS "ENTIERROS"

Hoy solo pueblan el puerto de Lamar algunos buscadores de "**entierros**", que viven como nómadas, entre medio de las breñas o bajo aleros improvisados construídos con materiales ligeros, de sombras de tarros bencineros, papel y sacos.

Moviendo y removiendo tierra, trabajo que ya ha sido ejecutado desde 1877, y lo seguirá aún por los soñadores y buscadores de tesoros esa tierra de deshechos de adobe y paja, aún da sorpresas a los excavadores, así como desengaño a otros, que mucho excavaron y nada encontraron.

Muchos pobladores antiguos de **Tocopilla, Antofagasta, San Pedro de Atacama, Gatico, Toconao** y del mismo **Iquique**, así como de Calama y Chiú Chiú, son descendientes de Cobijeños, o al menos tuvieron familias en ese puerto, y muchos, también han sido buscadores, en los buenos tiempos, de tesoros que les permitiesen cierta holgura económica.

Lo que más se busca y ansía encontrar son los tesoros que fueron sepultados por el mar, según opinión de unos, o enterrados por los grandes derrumbes de tierra y aberturas de ésta, en el terremoto, según otros, consisten en los siguientes:

Los cálices de oro de la Iglesia de Cobija, que fueron donados por el Conde Gondourvil; la Caja de Fondos del Tesoro Público, que contenía muchos valores y monedas de oro y plata; las valiosas joyas de la familia del brigadier español James; la carga en lingotes de plata que traían los arrieros de Potosí y cuyas mulas fueron arrastradas por las aguas y otras sepultadas en el camino de bajada al puerto; la valiosa platería de don Pedro López Gama, primo hermano del Emperador del Brasil Pedro II, que fué famosa; las monedas de oro que traía el recién llegado barón Arnoux de la Riviere, personaje de gran figuración después en **Mejillones** y millonario, y finalmente las valiosas joyas de oro y plata de las demás distinguidas familias sucrenses que se habían radicado definitivamente en Cobija.

De todos estos tesoros se han encontrado, en forma aislada, en excavaciones realizadas en el camino, que salía de Cobija a Potosí, en la parte de bajada al puerto, algunos lingotes de plata, osamentas de mulas y esqueletos de seres humanos. También se han descubierto pequeñas cajas conteniendo joyas antiguas de escasos valores, con algunos topos de oro, plata y perlas. El más interesante, hasta ahora, es el descubierto hace algunos años por un cuidador de una mina que tenía el cónsul inglés, de Tocopilla, Mr. Nichols, y que consistía en un collar de perlas legítimas y que fué vendido a un capitán de barco por una buena suma.

Otro entierro descubierto algunos años atrás, por casualidad, fué el encontrado en los trabajos de limpieza de una boca-mina cerca del puertecito de Gatico, a cinco kilómetros de Cobija, y que consistía en barras de plata, seguramente botadas por las mulas que corrieron espantadas en el cataclismo de 1877, ya que se encontraron a corta distancia varias osamentas de animales.

Tras la búsqueda de tesoros se ha llegado a profanar el cementerio de Cobija, que se encuentra todo removido, y en donde se ven montones de tierra y esqueletos. En este cementerio se encontraban varias personas ilustres del interior de la República de Bolivia, que quedaron sepultadas en ese cementerio, y cuyos restos no fueron exhumados por sus familiares.

Así terminó su esplendor Cobija, y su tierra sigue siendo removida y lo seguirá, mientras no se descubran los tesoros anunciados, que son buscados afanosamente, día y noche, por los hombres que tienen datos, o los han obtenido de los descendientes de los habitantes que fueron pobladores de ese primer puerto boliviano.

La Paz, enero de 1952.



Tres Poetas Bolivianos

Sin pretender arrogarme autoridad de antologista, quiero ofrecer una simple muestra tomada casi al azar, de la valiosa producción de algunos poetas bolivianos, que han recogido en el paisaje alucinante de la tierra y en la vida misma, bellos motivos de inspiración para su creación literaria y poética.

El **Altiplano** tiene una influencia enorme en la poesía boliviana. Su paisaje desolado, lleno de presagios, y con una grandeza sobrecogedora y hosca, ha sido aprisionado más de una vez en versos milagrosos. Gregorio Reynolds cantó a la llama en un soneto que más parece la obra de un orfebre. Otro poeta del novecientos, Raúl Jaimes Freyre, describe también en armoniosos versos a la **puna** y sus pobladores: la llama y el indio, y ved cómo lo hace:

EL ALTIPLANO

Por el sendero abierto en el bravío
peñascal que rodea la montaña,
en busca de la paz de su cabaña
regresa el indio pávido y sombrío.

De la cumbre nevada brota un río
que desliza entre riscos la maraña
de sus espumas, y en la flora extraña
fragmentos del azul prende el rocío.

Grupos de llamas al nacer el día
en sus grandes pupilas infantiles
reflejan las primeras claridades...

Renace con la plácida armonía
de los rústicos sones pastoriles
el alma señorial de otras edades.

Entre los poetas cuya edad oscila entre los treinta y los cuarenta años, ocupa lugar preferencial Julio Ameller Ramallo, oriundo de Sucre, aunque viajero infatigable por las ciudades de Bolivia.

Ameller Ramallo es un artista de vida intensa y un tanto juglaresca. Apasionado de la poesía y poseedor de un sentido especial de la aventura, es una de las personalidades más interesantes de las letras bolivianas del presente. Obtuvo su consagración oficial al obtener la máxima recompensa en los Juegos Florales celebrados en La Paz, en 1948, con motivo de la celebración del IV Centenario del nacimiento de Don Miguel de Cervantes Saavedra.

Poeta vigoroso. Con una inquietud humana a flor de piel. Canta con emoción y afortunado estro el mundo americano, deteniéndose con delectación y armonioso acento en la contemplación del paisaje del valle, de ese valle tranquilo y lleno en sí mismo de poesía que dió el primer horizonte a sus ensueños de niño.

A Julio Ameller Ramallo pertenece el poema "Canción del Valle", uno de cuyos fragmentos es el siguiente:

El aire lavado y limpio canta en
(labios de una copla.
Copla redonda y morena,
flor de un charango soltero
en cuyo vientre se quejan los nervios
(tensos del valle.

Copla redonda,
coplilla,
agua clara del molino
que despierta con la luna para entonar "pasacalles".

Todo canta.

Cuajarones del sol engendraron ma-
(zorcas
y las mazorcas vencen la fuerza de
(los tallos.

Cantan las rubias eras,
el aire y el sol, el agua
todo canta.

..Tierra madre del pan,
del pan moreno
como las manos rudas que arañaron
(la gleba,
de la "jorka" y del molle.

Madre, madre de todos.

Ya cuajó la promesa que no en vano
(bendijo
con sus manos de pobre
San Isidro.
¡Ah de la tierra nuestra,
maternal,
a los hombres del Norte y del Sur,
no se cansa de dar!
¡Quién dijera el milagro,
genetriz insomne, de su vientre fe-
(cundo!
Quién dijera la palabra,
la palabra que canta:
¡Tierra madre del pan, tierra del
(valle!

La poesía de Ameller Ramallo es una poesía panteísta. Plena de sensualidad y tremendamente enraizada con la tierra.

Ahora bien, en el campo de la poesía lírica, Yolanda Bredegal es, sin duda, una de las voces más puras y nobilísimas que ha dado la lengua castellana en tierras de América.

Sus poemas tienen un dulce tono de melancolía, que se va ampliando a medida que despliega sus ideas, hasta abarcar los confines del universo, sin dejar de ser por eso íntima y confidencial.

Yolanda Bedregal, hija del polígrafo y poeta don Juan Francisco Bedregal, ha alcanzado la consagración y el homenaje de las juventudes de Bolivia que la ungieron con el título de **Yolanda de Bolivia**, pero ella sigue siendo la excelente camarada, cada vez más sensitiva y más artista.

Hace ya muchos años publicó un volumen de poemas en prosa, titulado "**Naufragio**". Se trata de un bello conjunto de poemas en los que se advierte el sacrificio consciente y quizá deliberado de los más caros sueños de la niñez y la adolescencia. Es una vivisección dolida y sin embargo, con qué altura estética y emoción humana discurren las imágenes sobre un fondo cada vez más desvaído.

A este poemario, publicado en La Paz en 1936, pertenece: "REFERENCIA DE RUTA Y DIBUJO DEL MAPA"

"De límite sin límite. Innominable. Lo dibujó mi padre, cada día, con sus palabras, en los papeles blancos de nuestra infancia inédita.

Grimm, Hans Cristen Anderson, Perranit, iluminaron los faros de los mares.

Los mares quizá no son más grandes que una lágrima. Quizá. Es una duda: no un dolor. Una lágrima pudo servir de lente para ver crecer este país que al principio cabía tras los pequeños párpados cerrados.

Lo habitaron los personajes de los cuentos que iban desertando de las páginas frías de los libros para venir a vivir con nosotros, anulando la lejanía y embarullando el tiempo. ..

Venían a poblarlo los personajes de la Biblia para ser amigos de los piratas y conocer a Tito y Tragabuches, a la Suegra del Diablo, al Mono de Brea y a Juan Soldado. Vinieron a conocer a las brujas y a jugar con las muñecas de los bazares modernos.

Nuestra sabia ignorancia de niños embelleció el mundo imaginario.

Dios y criatura al mismo tiempo, fui dueña de mi propio universo.

Nuestros dominios eran más grandes que los del Dominio del Canadá. Y más maravillosos.

Porque como los héroes de tus cuentos, muchas veces desaparecían las ciudades en la boca de un dragón: pero, como tus héroes, volvían a nacer con buenas acciones.

Después, estas ciudades se fueron por las letras del Silabario. Ya no volvimos a jugar elefantes con mi padre, ni apostamos con mis hermanos a dormirse primero. Aprendimos más bien unos versos sencillos.

Ya en el otro muelle, en la otra tabla del escritorio, no estaban mi hermano Gonzalo ni el niño Juanito jugando a los caballos.

Sopló viento. Y nos cayó un pedazo de mapa a cada uno. Todos ahora tenemos derroteros diferentes.

Soplaron vientos. En nuestras cabezas de seis años se hundieron unos mundos. Y otros mundos nacieron.

Te daré grandes banderas para que las prendas con espinos en el aire. Y te daré la brújula pequeña de mi nombre, para que vengas en lo mío, absurdo y definitivamente indescifrable."

Tal es la voz y el acento de tres poetas bolivianos. Tres voces límpidas, cuya emoción telúrica se levanta por sobre las limitaciones de lo regional y típico, para conjurar una emoción universal.—

Lima, 1952.

MOISES FUENTES IBAÑEZ



DEL FOLKLORE MOJEÑO

La Laguna de Isidoro

Por
Miguel D. Saucedo
Especial para EL DIARIO.

"Isereri" es el nombre de una inmensa laguna que se extiende, como una sábana tersa y azulina, más o menos a un kilómetro al Noroeste del pueblo de San Ignacio de Moxos, y que aún a la fecha sigue siendo para los nativos de esas regiones, la laguna encantada, cuyo Jichi se tragó una tarde a Isidoro, el mópero que según la leyenda nació predestinado por el Viya para morir ahogado y perpetuar su nombre en el supersticioso corazón de las generaciones de su raza.

Y Caquiuri "Isireri", es realmente una laguna rara y admirable, que, para las imaginaciones incultas, da para creer en su encantamiento

Yo he tenido oportunidad de escuchar una noche desde mi alojamiento del pueblo, una detonación parecida al eco de un trueno lejano. Alguien me dijo: **"Es la laguna, y mañana va a comprobar usted la transformación de sus aguas."**

Efectivamente, al día siguiente en la mañana, con enorme sorpresa, y hasta un poco encogidos de temor, constatamos que las cristalinas linfas de la laguna "Isireri" estaban verdes, gelatinosas y despedían ligero olor a azufre. Este raro fenómeno duró tres días, al cabo de los cuales, y después de tornarse un poco rojizas, volvieron a su estado normal.

Esta descomposición—según relato de los mismos **ignacianos**—se presenta de vez en cuando, y durante todo el tiempo permanece así, nadie se aproxima a la laguna, en primer lugar porque sus aguas están inservibles, y, en segundo, porque los indígenas creen que la lagúna está enojada y temen que el **Jichi**, aprovechando esas aguas espesas y turbias, se aproxime a la orilla y se los trague, como se tragó a Isidoro, aquella tarde lejana que nadie ha podido precisar.

* * *

Una antigua leyenda nativa, que ni el polvo levantado por el galopar de los años ha podido empañar su fantasía, cuenta de esta hermosa laguna lo siguiente:

Una mujer del pueblo, descendiente directa del Cacique de la vieja tribu de los **canacurees**, tuvo un hijo a quien llamó Isidoro, producto de unos amores malhabidos, y a quien el **Viya** como un castigo y un precedente para la raza, le señaló al nacer un trágico final.

Y un día que nadie ha podido precisar por la pena y el dolor que causó el suceso, Isidoro, acompañando a su madre, se fueron al **curichi**, a donde siempre todas las mujeres iban a lavar. Y como aquella mañana ellos habían sido los únicos que fueron, Isidoro posesionó a su madre en el **pauro** más grande y más hondo que existía, mientras él, conocedor de los **descabezaderos** y **orilleras** de aquel inmenso curichón, se fué a probar su suerte, en busca de huevos de lagarto y nidos de pájaros acuáticos.

De vez en cuando, su madre lo llamaba para que viniese a ayudarle a **"asolear"**, a lo que el mópero le respondía cada vez más lejos metido en las entrañas del junquillar, donde los tordos curicheros y las garzas reales ocultaban a sus polluelos.

De pronto, en el silencio trágico de aquella tarde clara, se escuchó el lejano retumbar de un trueno, y luego, casi súbitamente, la voz ronca de un temporal violento, que se aproximaba peinando con crueldad la copa frondosa de los árboles y el verde arrocillar de los bajíos.

Al ver que el hijo no volvía, la madre le llamó a gritos desesperados e insistentes, internándose en su búsqueda hasta lo más profundo y pantanoso de curichi. Y antes de que la voz apocalíptica de la tempestad bravía apagase para siempre la débil vocecita de Isidoro, que desde lo más espeso del junquillar respondía los llamados de su madre, ésta constató con inmenso y profundo dolor, que su infortunado hijo le contestaba con voz cada vez más apagada, desde abajo del yomomo, allí donde los viejos taitas decían que habitaba el **Jichi**.



* * *

Al día siguiente, cuando los jueces del Cabildo y demás pobladores se largaron a la búsqueda del mópero perdido, se encontraron transidos de pavor, con que en vez de aquel inmenso y yomomoso curichón, se extendía una enorme y hermosa laguna, de aguas claras y transparentes, a la que desde ese instante la bautizaron con el nombre de Caquiuri **"Isireri"**, que en dialecto ignaciano quiere decir **"laguna de Isidoro"**.

* * *

Se dice también que en los primeros años de su aparición, Caquiuri **"Isireri"**, era una laguna brava cuando pescadores intrépidos se internaban en sus aguas, sin rezar ni santiguarse. Y dice que hubo un tiempo en que la laguna mediante fuertes maresias y sordas detonaciones que estallaban en su seno, avanzaba hacia el lado del pueblo, amenazándolo de serio peligro, hasta que un Jesuíta, cuyo nombre ignoran, lo conjuró un día, arrojando sobre sus olas embravecidas un Santo Cristo de oro y regando agua bendita a sus orillas pantanosas.

Trinidad, 1949.

VOCABULARIO

Jichi.—Monstruo apocalíptico que alimenta el agua de las grandes lagunas. Según la creencia popular, cuando éste muere, las aguas se secan.

Mópero.—Joven (en dialecto ignaciano.)

Viya.—Dios (en el mismo dialecto.)

Canacurees.—La tribu primitiva con que fundaron el pueblo de San Ignacio de Mojos.

Pauro.—Ojos de agua, vertientes.

Descabezaderos.—Deshechos.

Orilleras.—Orillas, riberas.

Asolear.—Secas por la acción del sol, poner al sol una cosa.

Yomomo.— Ciénaga.

Taita.—Tratamiento que dan los indios de Mojos a una persona anciana y respetable.

Jueces.—Miembros del Cabildo Indigenal que sirven de ordenanzas a la autoridad del Cacique.

Alboroto y medio en la Finca del Rubio

Por
Roger de Barneville
Especial para EL DIARIO

¿Quién es el **"Turco Rubio"**? Tarija lo sabe muy bien. Y nosotros mismos, que en tránsito frecuente del Norte al Chaco, entre 1933 a 1943, pasamos largas estancias a orillas del Guadalquivir, todavía, recordamos su nombradía de Burgomaestre inigualado. Era Isaac Attié un milagro de acción municipal progresista, donde la pereza legendaria había estancado la Villa, tal la fundara el español don Luis de Fuentes, entre huertos de riente y vaporosa somnolencia. A los doce o quince años, los azares políticos, que en nuestra patria son rotativos, lo alejaron de la Alcaldía.

Pero, he aquí que en 1952, un despacho gubernamental cuando menos se esperaba, repone en la Municipalidad de la capital tarijeña, al ciudadano que, sin nacer en el lugar, tiene tanto virtual de chapaco dicharachero como de boliviano patriota, con energías e instinto de grande y noble aventurero, del que viene desde lejos y entra hondo en la tierra y en la sangre...

Su acertada elección de Interventor, produce lo que un simpático y dilecto colaborador de estas columnas—el Ingeniero Roger de Barneville—llama **"suceso importantísimo"** y en carta ligera—la trajo a La Paz un avión—explica o justifica en elogio del hombre que hace mucho tiempo llegó al valle del Sud con los zapatos agujereados y hablando una lengua extraña.

"Attié—dice Barneville, aparte de su relato hábil del **"Alboroto y medio en la finca del Rubio"**—honrado y emprendedor como pocos, se dedicó al comercio y prosperó con el tiempo, pero lejos de conformarse como muchos de nuestros paisanos), con gozar egoístamente de su fortuna, devolvió con creces a Tarija, en obras de verdadero progreso social, la generosa hospitalidad que le brindara. Un hombre útil, generoso y querido de todos, ese es Attié. Lo que antes hizo constituye para la población, un motivo de esperanza"

Valga el recuendo de las obras realizadas o iniciadas por el "**Turco Rubio**": Palacio y Biblioteca Municipal, Cementerio Público, Palacio de Justicia, Cuarteles de San Jerónimo, Mercado Público, Vivero y Chalets Municipales, Club Social, Avenida Domingo Paz, etc., etc.

Dejemos que la anécdota o la historia viva, por mano e ingenio del Ingeniero Barneville, relieve la figura o figuras gratas a lo humano tarijeño.—**Luis RAUL DURAN.**

Corría el mes de junio del año de gracia de 1941, y al entonces Alcalde de la ciudad, don Isaac S. Attié—más conocido por el mote de "El Rubio"—se le había metido, entre sus gruesas y enmarañadas cejas, la idea de dotar a Tarija de un cementerio nuevo.

Los trabajos progresaban satisfactoriamente, y estimulados por la presencia del Jefe de la Comuna y las buenas gentes del lugar que lo veían a menudo ayudando en el trazo de las avenidas, dando órdenes a los albañiles o plantando cipreses, y, en suma, interesándose en la obra como si ella fuese a darle algún provecho particular, dieron en llamar, socarrona y festivamente al cementerio en ciernes, "La Finca del Rubio"...

Varias secciones de nichos bajos y covachas entregadas al servicio estaban ya ocupadas y otras permanecían vacías a la espera de inquilinos. Restaba aún, entre otras partes del proyecto, levantar el gran muro exterior de circunvalación, para el cual, a la sazón, se acumulaban materiales.

Un pozo semisurgente, abierto a propósito, abastecía las necesidades de la construcción y de él dieron en surtirse también las casas aledañas.

Diligentes y madrugadoras, las mujeres del pueblo, con sus cántaros apoyados en la cintura, peregrinaban diariamente a recoger el agua clara que la noche juntaba en el pozo.

En uno de esos amaneceres se produjo el alboroto más grande registrado por la tradición local.

Desfilaban las aguateras, charlando y riendo, por el camino de siempre, cuando, al doblar la esquina de la reciente funeraria edificación, se quedaron mudas de espanto y más blancas que sus enaguas: De uno de los nichos sobresalían dos piernas enfundadas en pantalones negros, Y ESAS PIERNAS SE MOVIAN.

Cual bandada de tórtolas apedreadas, las mujeres huyeron despavoridas, abandonando en el suelo vasijas, mantas y hasta "hojotas".

Al concierto de gritos destemplados despertó, renegando, el vecindario.

—¡Los muertos se estaban levantando!

La sensacional noticia corrió con mayor rapidez que un perro con cohetillos en la cola.

Ya las gentes se aglomeraban, desconcertadas, a la entrada del cementerio.

¿Habría llegado la hora del Juicio Final?

O bien: ¿Estarían los del Más Allá con veleidades de hacerse los graciosos y de aparecer, en pleno día, para asustar a los del Más Acá.

¿No vendrían con intenciones de quedarse y de reclamar sus antiguos derechos?

La imaginación popular—demás está el decirlo—fantaseaba a sus anchas.

Un flamante viudo (malditas las ganas que tendría el pobre hombre de volver a la férula conyugal), salió como alma que lleva el diablo, en busca de pasaje hasta la frontera. ¡A él nadie lo tomaba desprevenido!

Otro del grupo temblaba ante la inminencia de tener que albergar nuevamente a su suegra, de quien—dicho sea de paso—, se expresaba en forma altamente apologética desde el momento en que la buena señora pasara a mejor vida, embutida en su hermoso sobretodo de madera.

Quienes no tenían mayores preocupaciones se ocupaban, naturalmente, en hacer conjeturas sobre la suerte del prójimo:

—Envidiable situación la de doña Eduwiges: Se va a encontrar, de la noche a la mañana, con tres robustos maridos, ¡y a cuál más legal!

—¿Con qué cara recibirá Pascual al sinvergüenza de su tío que se marchó al otro mundo sin dejarle un centavo? Y, ¿cómo les caerá la vista a los otros parientes, que, a estas horas, disfrutan tranquilos de la herencia?

* * *

Entre tanto, el tiempo seguía su curso y nadie se animaba a trasponer los límites del Camposanto. Hallarse así, de manos a boca con los finados caminando y vestidos de etiqueta, no debía ser muy agradable. Parecía más prudente esperar, afuera, los acontecimientos.

Alguien opinó por la intervención del Alcalde en el asunto. Recibió el apoyo unánime de los demás. Era lógico que El Rubio pusiese orden en su finca. ¿Por qué demonios no había asegurado mejor la puerta de los nichos?

Cuando llegó la Autoridad—soñolienta y desaliñada—, se deliberó sobre lo que convendría hacer en tan morrocotuda emergencia.

Al principio se pensó en movilizar a los Carabineros, sugerencia que no prosperó ante la flagrante descortesía de querer persuadir, por medios drásticos a los ex difuntos, a volver al reposo eterno. Además, primó en la conciencia de la mayoría, la certeza de la ineficacia de los argumentos terrenos contra quienes—aparentemente—, habían vencido las misteriosas barreras de ultratumba.

Luego se decidió parlamentar, pero se tropezó con la falta de voluntarios.

En esto estaban cuando acertó a pasar por allí un juerguista desvelado que se recogía, muy alegre, del bario de San Roque.

Puesto en antecedentes, el intrépido varón se metió en el cementerio como Pedro por su casa, y, al cabo de minutos de tensa expectación, regresó abrazado del presunto resucitado: un cofrade, desorientado, de Ilustre y Numerosa Hermandad de Baco, cuyos ojos parpadeaban deslumbrados por la claridad matinal.

Tarija, enero, 1952.

ANECDOTAS DE LA GUERRA DEL CHACO

Como en la edad romántica...

En muchos episodios de la guerra del Chaco, que tal vez haya tiempo de consignarlos en detalle, aparecen rasgos salientes de caballerosa hidalguía. Uno de estos se refiere al abandono obligado, por breves días, de **Itaguazurenda**, hermosa propiedad ganadera de don Jesús Gutiérrez.

El Jefe de Estado Mayor de la Segunda División, Jorge Chávez, mantenía la defensa de ese punto con un transparente velo de dos compañías. Ocurrió el suceso en una noche de abril de 1935. Se hacía imposible resistir, ni siquiera hasta el amanecer, pues las avanzadas del Segundo Cuerpo de ejército paraguayo con el regimiento **"Cerro Corá"**, habían llegado a 500 metros de la hacienda defendida. Los pocos soldados que formaban el velo, protegían la inminente retirada de las reducidas fuerzas bolivianas. En estas circunstancias, el señor Gutiérrez declaró enfáticamente que no abandonaría su casa y sus trabajos, que constituían para él la consagración esforzada de toda su vida. Fué, no obstante, convencido por las razones de orden perentorio, que le opusiera el mayor Chávez. Tuvo, mal de su agrado, que tomar su puesto en el último camión de partida hacia Charagua, no sin antes dejar una carta escrita de su puño y letra, y en grandes carecteres, que decía: **"Al comandante militar paraguayo: Le pido a usted que no destruya mi hacienda ni permita que sus soldados hagan daño en los muebles y la casa. Yo volveré, aunque se encuentre en manos enemigas, para seguir trabajando. — JESUS GUTIERREZ.**

A horas 3,30 de esa mañana abrileña, se pusieron en marcha. A los diez días justos una contraofensiva boliviana compuesta de los regimientos **"Ingavi"**, **"Yacuma"** y **"Chuquisaca"**, bajo la dirección de su comandante César Menacho, retomó Itaguazurenda. Con esa división volvió don Jesús Gutiérrez, encontrando su casa perfectamente limpia y ordenada con el mayor esmero. Los patios y los corrales, bastante abandonados antes, relucían a la luz bienhechora de los rayos tropicales. En la misma mesa en que Gutiérrez dejó su carta, encontró otra concebida más o menos así: **"Señor propietario de esta hacienda: Le dejo en orden su casa, tal como usted pidió. Me llevo todo el ganado (más o menos 2.000 cabezas), que le será pagado, seguramente, por su gobierno. Yo lo necesito por razones comprensibles.—CORONEL RAFAEL FRANCO, Comandante 2.º Cuerpo de Ejército."**

Ese alto oficial, en la campaña del Chaco, llegó a la Presidencia de su país, en progresiva ascensión de su carrera militar.

La anécdota anterior, presta relieve a su prestancia señorial.

PHILOS

CARTA DE MARTHA MENDOZA A SU PADRE



(En el décimotercero aniversario de la muerte de Jaime Mendoza.)

¿Me reconoces, padre?

Yo habría querido prepararme, hacer acopio de todas mis energías para este evento. padre.

¿Por qué en él he naufragado irremisiblemente?

El dolor me ha convertido en un pingajo que le ha hecho decir, todo angustiado, a mi gran amigo Constancio: "La veo empequeñecida y desfigurada", y así es, padre.

Desfigurada y empequeñecida estoy, lo confieso desde la hondura de mi convicción.

A poco que tú te fuiste de este mundo repleto de sordideces y de heroísmos, dí en hacer de mi congoja un rico filón productivo, más para los otros que para nosotros, padre.

Tú lo sabes.

Ahora... qué distinto es todo.

No hay reacción saludable ante la enormidad de la tragedia que para mí vibra en todo desde la muerte de mi madre, aquella hermana tuya que me nutrió con la savia sabia, pletórica de grandeza.

Siento que con ella se ha ido parte de mi ser, la porción más altiva, más noble, más valiosa.

De ahí mi aplastamiento.

Ese pesimismo agrio, que sugiere decirme en mis íntimos coloquios:
"Martha, no eres la misma. ¡No eres ya digna hija de tu padre!"

"Quien no ama la vida, no la merece" dice **Da Vinci, el artífice.**

Yo no amo la vida, y por tanto no la merezco, padre.

Esta es la verdad.

No encuentro ningún atractivo en ella.

Ahora, todo es árido para mí.

Vivo vida de autómata.

Una lenta y cruel agonía corroe mis horas.

Perdón, padre.

¿Merezco, aún, tu piedad y tu ayuda?

¿Me reconoces entre los escombros, padre?...

Tu hija.

MARTHA

La Paz, 26 de enero de 1952.

Movimiento Cultural

VUELVE A LA VIDA UNA ASOCIACION AMERICANA EN CUBA

La Asociación de Escritores y Artistas Americanos, con sede en La Habana, y que fué organizada en 1934 con el objeto de amparar al hombre de pensamiento, intensificar las relaciones espirituales entre los pueblos del Continente y propiciar la obtención de una cultura americana, ha reiniciado sus labores después de un largo receso, de conformidad con los postulados de la Conferencia Panamericana de Buenos Aires y la Reunión de Comisiones Nacionales de Cooperación Intelectual de la Asamblea Panamericana realizada en Santiago en 1939.

Palacio de las Letras y Ciencias.—Por la circular enviada a muchas entidades e intelectuales de América, la **Asociación** indica que entre las obras a realizarse figura la construcción del Palacio de las Letras y Ciencias Continentales, cuyo costo llegará a quinientos mil dólares, y en el cual funcionarán un salón de actos para el Cuerpo Diplomático, muchas oficinas y la redacción de **"América"**, la revista del grupo. Se afirma que el Palacio quedará terminado este mes de febrero.

Un Congreso de escritores y artistas americanos.—El Palacio se inaugurará, seguramente, con el Primer Congreso de Escritores, Artistas y Hombres de Ciencia de América, de acuerdo a una ley dictada por el Gobierno de Cuba. En el temario de dicha reunión se han consignado estos puntos: **Declaración de los derechos del intelectual**; Fundamentos de la Economía coordinada del Continente; Medidas prácticas para la culminación de una Cultura Autóctona; **Código de solidaridad periodística**; Creación del Instituto Interamericano de la Cultura para la administración del fondo continental respectivo que se invertirá en la adquisición de obras artísticas, científicas y literarias del hemisferio; Celebración del **Día de la Cultura Americana—13 de octubre—**, en cumplimiento de resoluciones anteriores.

Cuerpo directivo.—El nuevo consejo de la Asociación acaba de ser formado por los representantes diplomáticos de América en Cuba, el Rector de la Universidad Nacional; los Ministros de Estado, los Presidentes americanos de las Asociaciones de Prensa y Reporteros, los presidentes de las Academias Nacionales de Artes y Letras, de Ciencias y de Historia.

Cabe hacer notar que uno de los creadores de esta Asociación de escritores y artistas americanos que funciona en La Habana, es el parlamentario y escritor don Pastor del Río, ya ampliamente conocido en todos los países de América, por sus relevantes dotes de publicista. El señor del Río dirige con sobrado tino y eficiencia el importante órgano oficial de la Asociación, donde han sido registrados trabajos de los más destacados ensayistas, literatos y sociólogos de las tres Américas.

ESCRITOR SUECO, AMIGO DE BOLIVIA

Stig Ryden, discípulo del sabio Erland Nordenskyold de la misma nacionalidad, hacia el año 1933 era un joven profesor de veintiséis años de edad. Estudioso y observador por su temperamento y por su escuela, nutrido de profundas enseñanzas en el Museo Nacional de Goteborg, le guiaba el espíritu aventurero de su maestro, que escudriñó las fronteras del Sud y del Oriente de Bolivia en varios viajes de paciente exploración, desde el Chaco hasta las selvas vírgenes del Brasil y del Perú. Tuvo entonces la señalada suerte de conocer a Nordenskyold en Yacuiba por encargo del Ministro de Hacienda don Casto Rojas, en la segunda administración del Presidente Montes. El hermano mayor de este varón docto y esforzado, Adolf Eric Nordenskyold, segundo de Amudssen en el descubrimiento del Polo Sur, pudo plantar la bandera de su glorioso país en las diáfanas cumbres que se adormecen a los reflejos de un sol moribundo. Las figuras obesas de las focas y la aristocrática silueta de los pingüinos, vestidos de frac y de chaleco blanco, fueron la visión paradojal que no se borrará de su mente.

A esa estirpe intelectual, de progreso y de fecunda labor pertenece Stig Ryden. Por lo que respecta a Bolivia, le debe nuestro país, además de su labor de prensa y difusión radial de sus riquezas, que le aseguran un fruto promisor, dos libros de divulgación científica, tanto más importantes cuanto que penetran en la profundidad de sus entrañas milenarias. El primero, escrito el año 1935, pasada la guerra del Chaco, se refiere al estudio del **Oriente Boliviano**, a las tribus salvajes que pueblan esos inmensos territorios, a la espera del soplo vivificador de la civilización.

(Pasa a la Pág. 4a.)

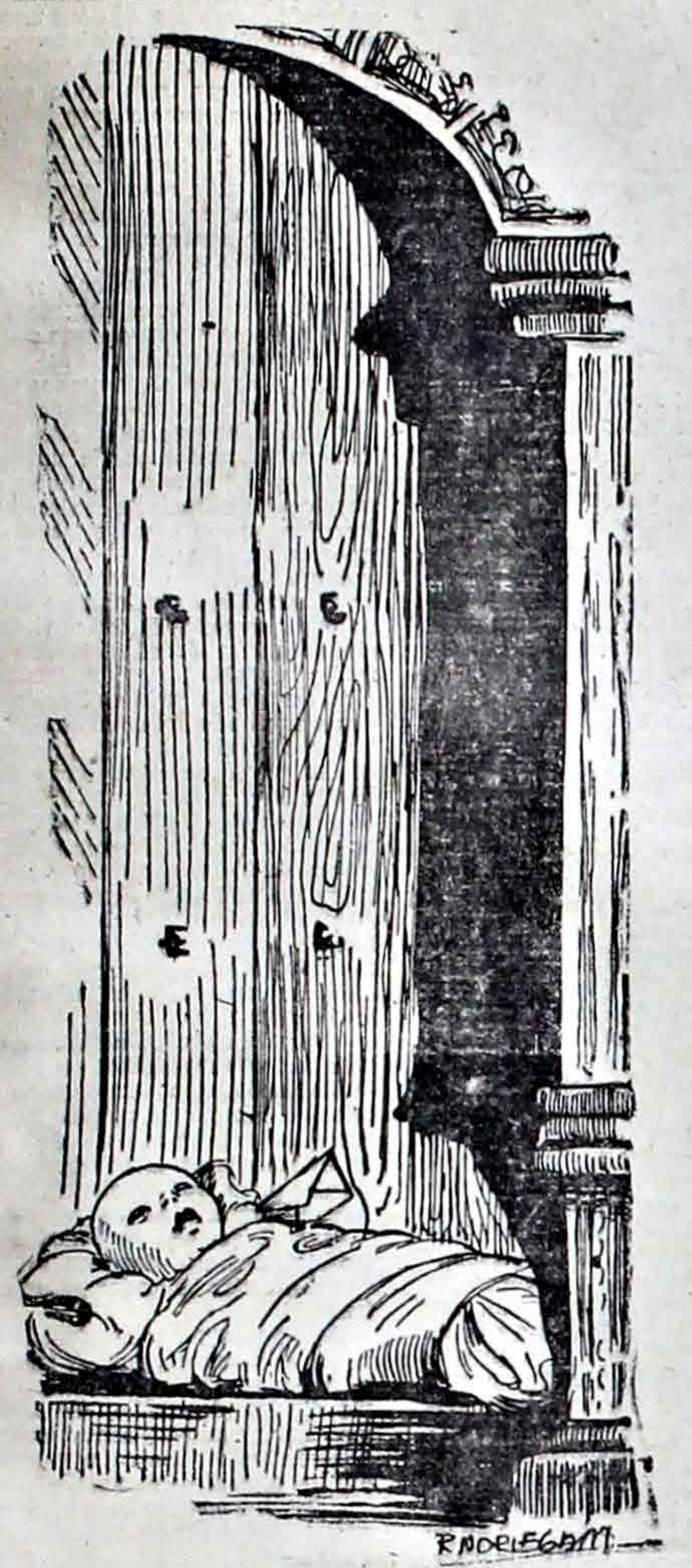


De expósito a Presidente

Por Victor Santa Cruz

Año de 1855. Había transcurrido algo más de la mitad del siglo. Relativamente era pequeño el progreso de la ciudad de La Paz, que no dejaba de ser una gran aldea llena de prejuicios de miramientos, en la que se conocían casi todos los vecinos. Y casi todos también sabían de las virtudes y de los vicios de todos; de sus aspiraciones y de sus ambiciones; de sus amores y de sus odios; de sus debilidades y de sus errores.

En todos los otros centros y provincias de la República, el panorama era más o menos análogo. Aldeas que llevaban el nombre de ciudades; villorrios que querían pasar por aldeas. Y hombres que más sabían de



política que de trabajo; empleados que nunca estaban seguros de sus cargos; rentistas que vivían del producto de sus latifundios, igual que en los tiempos de la Colonia; y artesanos y comerciantes que se contentaban con módicas entradas que apenas les proporcionaban lo suficiente para vivir.

Acostumbrado el pueblo a los motines, cuartelazos, conspiraciones y tentativas revolucionarias que se produjeron en número casi incontable durante la administración del Presidente Manuel Isidoro Belzu, cuando asumió el poder general Jorge Córdoba, yerno del ex mandatario, no dudó ni por un momento que el nuevo periodo presidencial sería tanto o más agitado que el anterior.

El poderoso partido opositor, cuyo jefe era el doctor José María Linares, tenía la tenacidad forjada por una ambición que sólo quedaría satisfecha cuando se colmasen los anhelos de sus dirigentes. Por eso, en aquel 15 de agosto de 1855, cuando asumió el poder supremo de la Nación el general Jorge Córdoba, hubo el presentimiento de que el próximo mandatario ya no sería ungido con los votos de las ánforas electorales, sino que se impondría al país con un hábil golpe de audacia.

Se temía esto y, paradójicamente, se lo esperaba. Se lo temía, porque un cambio violento en la conducción política de la Nación no siempre estaba de acuerdo con el espíritu conservador de mucha gente que vivía en las grandes y en las pequeñas aldeas de Bolivia. Y se lo esperaba, porque, de antemano, se sabía que el general Córdoba, por buen discípulo que hubiera sido de su suegro, el general Belzu, no tenía aquellas grandes dotes de caudillo popular, que fueron la base esencial del gobierno que transmitió el mando, en forma legal, en aquel 15 de agosto.

Sólo un Belzu, a quien el pueblo amaba con delirio, pudo desbaratar las múltiples tentativas que se hizo para derrocarlo durante su administración. Sólo un Belzu poseía el secreto de halagar a las masas, hasta convertirlas en dócil instrumento y en magnífica arma para defender su gobierno. Sólo un Belzu habría podido resistir, por lo menos por tiempo un tanto prolongado, la crudeza de la oposición, la infatigable tenacidad del doctor Linares y de sus lugartenientes, y la violencia de las pasiones.

Hubo razón de sobra para que casi todos recibieran con cierta desconfianza al nuevo gobernante. No porque se dudase de su talento, de su valor y de sus virtudes cívicas, sino porque se tenía, desde los primeros momentos, la intuición de que no tendría la habilidad suficiente para salir con éxito de la tremenda encrucijada del poder.

Porque encrucijada era realmente el poder en aquellas circunstancias. Córdoba, rodeado de enconados adversarios políticos, heredero de la administración de Belzu, que fué ferozmente combatida por la oposición, no podía esperar que su gobierno se desarrollara dentro de un clima de sosiego y de tranquilidad. Por el contrario, sabía muy bien que no tendría un solo día de paz, por mucho que una de las primeras medidas de su administración hubiera sido la de hacer un sincero llamado a la cordialidad de la familia boliviana, separada por los odios y las pasiones políticas de los últimos tiempos.

Al igual que su antecesor, el Presidente Córdoba vió entrabada su labor de gobernante por tener que estarse casi todo el tiempo con el arma al brazo, y sin tener el tiempo suficiente para meditar en los problemas del país y buscar para ellos las soluciones más aconsejables y prudentes. Y en esa época, como en muchas otras de nuestra Historia, la fatigosa labor del gobernante tenía que constreñirse a debelar revoluciones y a tener ojos y oídos atentos para hacer frustrar los conatos sediciosos en su propia iniciación. Fué por eso que Córdoba, al igual que muchos otros mandatarios de nuestro país, vieron anulados sus propósitos, proyectos y buenas intenciones, por la tremenda vorágine de la pasión política y por la incesante lucha contra una inmisericorde oposición.

Su administración, malograda por esas taras desde los días iniciales de su asunción al mando, pocos beneficios dejó al país. ¿Qué podía hacer Córdoba en bien de la nación, si todo su tiempo tenía que emplearlo en indagar por la obra que realizaban los opositores, a fin de hacer fracasar a tiempo sus propósitos conspiratorios? ¿Qué de bueno podía tener una administración que, pese a estar bien intencionada, no contaba con suficiente apoyo en el país para poder realizar una obra positiva?

Conoció Córdoba de todo. desde los amargos días de miseria y de hambre, hasta los fastuosos de la opulencia; recibió de todo, desde injurias, invectivas y desprecios, desde el doloroso escarnio con que acepta la sociedad a los expósitos, hasta las adulaciones y reverencias, hasta las nubes de incienso con que se rodea a quienes invisten la suprema autoridad de la República. La novelesca vida de Córdoba, sobre la cual aún no se ha escrito una biografía completa, es una de las más raras de cuantas han pasado por el solio presidencial.

Nació en la ciudad de La Paz, el 23 de abril de 1822. Mejor dicho, fué encontrado al amanecer de ese día en el quicio de una puerta de calle, envuelto en finos pañales y con los signos inequívocos que había nacido una o dos horas antes. La familia Asín, que habitaba en la casa en cuya puerta fué hallado el párvulo, lo recogió caritativamente y le puso una niñera para que lo criase. Menos mal que la posición económica y social de aquella familia le permitían hacerse cargo de la crianza del niño que, por obra del destino, llegaría a encumbrarse más tarde hasta la primera magistratura del país.

Los sentimientos profundamente cristianos que tenía aquella familia, hicieron que el niño recogido de la calle en aquel frío amanecer del otoño paceño, recibiera una educación adecuada tanto a la situación económica de los Asín como a la condición de expósito del pequeño. Sin ser realmente considerado como un miembro propio de la familia, distinguieron al niño de la servidumbre y se esmeraron en proporcionarle los medios que lo capacitasen para una vida independiente. Todo hablaba en favor del pequeño: la tez blanca de su rostro, los ojos claros y vivarachos, la soltura de sus modales y la facilidad con que asimilaba conocimientos. Un niño de estas condiciones, ¿cómo podía ir a ocupar un lugar subalterno en el seno de una familia que se destacaba por sus virtudes cristianas?

Fué por eso que tan pronto como llegó a sus siete u ocho de edad, lo pusieron en la Escuela que tenían los padres Franciscanos, por cuyas aulas pasaron la mayor parte de los paceños que llegaron a ocupar destacadas situaciones durante la primera mitad del siglo XIX.

A medida que trancurrió el tiempo. Córdoba se dió cuenta de la equívoca situación que tenía en el seno de la sociedad, ya que sus compañeros de juego más de una vez ponían en evidencia su carácter de expósito. No debe olvidarse que en aquellas épocas, cuando todos los vecinos de La Paz conocían la vida de todos, aún en sus aspectos más íntimos y reservados, no podía pasar inadvertido a los compañeros de Córdoba el oscuro origen de éste.

Medio aislado por esa circunstancia del resto de sus compañeros, el niño, tan precozmente castigado por el infortunio y por las desigualdades sociales, comenzó a aburrirse en el internado de los Padres Franciscanos. Intelectualmente era superior a muchos de sus condiscípulos, pero el menosprecio y la poca estima en que le tenían varios de ellos, amargaron su espíritu y le decidieron a escapar de la escuela.

De otra parte, aquellos eran tiempos de gloria. Frecuentemente se escuchaba en las calles de la ciudad el paso marcial de los ejércitos que habían conquistado la Independencia de la República. Y cada soldado, cada militar, era visto con mucha admiración y en veces hasta con cierta reverencia. ¡Claro! Ellos eran los que con el empuje de sus armas habían contribuído a la creación de la Patria.

Y Córdoba, como muchos niños de esa época, se sintió atraído por la simpatía que despertaba en todos la carrera de las Armas. Así, pues, cuando fugó del internado de los Padres Franciscanos, con trece años de edad, recién cumplidos, se presentó a uno de los tantos regimientos que salían de La Paz, rumbo al Perú, comandados por el propio Presidente de la República, Mariscal Andrés Santa Cruz.



Para Córdoba, como para muchos niños de su edad, la egregia figura del Mariscal Santa Cruz se levantaba aureolada con una especie de mito. Santa Cruz había sido uno de los más valientes jefes del ejército libertador del general José de San Martín. Santa Cruz había combatido al lado de Sucre en la legendaria batalla de Pichincha, y más tarde, al lado de Bolívar, en la heroica jornada de Junín. Y ahora, Santa Cruz iba al Perú para consolidar la paz en la hermana República y para convertir en realidad aquel bello proyecto de la Confederación Perú - Boliviana.

¿Qué niño, que soñaba con las glorias militares y que había oído referir las hazañas de los bravos campeones de la Independencia por boca de los propios héroes de esas jornadas, no iba a sentirse atraído hacia el ejército de Santa Cruz, que llevaba los pendones de la Patria hasta más allá de las fronteras, para llenarlos de gloria en los campos de batalla?

A VUELO DE PAJARO

Por Abel Reyes Ortíz M.

Visitar nuevos países no tiene sólo por objeto el regalar a la vista con nuevos paisajes ni al paladar con extraños sabores. Menos aún el tratar de hallar en uno mismo nuevos sentimientos desconocidos hasta entonces, ya que el más hermoso lo encontramos al rememorar la canción de cuna cantada al vaivén materno y el más doloroso al ver lágrimas en los ojos queridos.

Al cruce de cada frontera se espera encontrar allá, donde el camino se vuelve infinito, hombres. Buscamos al Juan Pérez desconocido, con su filosofía propia, sus sentires propios y sus expresiones propias. Al hombre que atesora en su personalidad todo el interesante peso dejado por tradición, raza, cultura, a través de los siglos. Ese hombre, el producto de milenios, que lleva sobre sí no solamente la experiencia de su vida, sino también la larga cadena de los que le sucedieron y que es, a su vez, tronco de donde han de nacer ramas y gajos con que se nutrirá la Historia.

Pues bien, buscando ambiente humano más que emociones plásticas o tesoros artísticos, es que se toma una valija, se mete algún dinero en los bolsillos y se emprende, excitado, el camino a descubrir mundos nuevos, a hacer realidad la leyenda, a afirmar o negar rumores, pero, sobre todo, a buscar al hombre, hijo de una sangre y un ambiente.

PARIS

¿Es posible juzgar a una nación por lo que su capital representa? ¿Puede un pueblo ser analizado desde un punto de vista meramente ciudadano, metropolitano? A pesar de la responsabilidad que pudiera entrañar semejante afirmación, fuerza es reconocer que sí. Sobre una capital no solamente pesa el carácter de sus habitantes naturales, de los nacidos y criados en ella, sino también el de todo el país, debido a la extraordinaria imanación que ejerce la ciudad grande sobre la pequeña. Conocido es el caso de campesinos, de pobre gente con su atado de ambiciones a cuestas, que cree, con sus pequeños ahorros y sus grandes ilusiones, conquistar la ciudad que acaba por tragárselos sin que por eso la superficie del pantano, siquiera haya reflejado una onda que señalara el lugar de la desaparición de la inocente víctima.

París fué llamada la capital del mundo. Hacia ella convergen las pequeñas capitales—especialmente las europeas—y el ambiente parisiense es de extremado cosmopolitismo. En consecuencia, París no es sólo el fiel reflejo de la nación francesa, sino también del mundo. Al transitar por



sus calles, uno se figura que en toda China no hay tantos chinos como en París, ni en todo el inmenso orbe moreno tantos negros, ni en todo el mundo hispánico tanta gente de habla castellana.

"C'est París". Sí; ése és París. El París que quieren los extraños que sea; el París que ellos mismos conforman. Se pudiera creer que el parisiense de la calle está casi avergonzado de su enorme urbe y que hubiese querido una Torre Eiffel, y un Arco del Triunfo, y un Louvre, más pequeño, más íntimo, donde gozar a solas de su imponente belleza y recrearse en ellos con tan tierna emoción como la que experimenta el tío atribuyéndose anécdotas extrañas en el ruedo familiar.

Cuando se ve en un bar del Barrio Latino a preciosas muchachas rubias—¿existencialistas?, ¿frívolas? ¿degeneradas?—disputándose el negro más repelente a los ojos blancos, ¿se puede hablar de la "degeneración de Francia" y hacer que las viejecitas se santigüen al solo nombre de su capital? Los pantalones, la camisa burda, el pelo recortado de las muchachas, que lo llevan como el varón más asiduo al salón de peluquería, ¿han de ser necesariamente productos netamente parisienses? ¿No es posible ver en ellos, más que influencia del ambiente propio la de los otros pueblos que han hecho de la ciudad del Sena su centro de reunión?

Ya ha muerto el París bohemio y romántico de las bohardillas repletas de personajes de opereta y novela, apestosas a miseria, arte y salchichón frito. El París actual es el del lujo desenfrenado, donde las mayores fortunas del mundo gozan un ambiente creado por ellos, incansables buscadores de placeres desconocidos, pues los corrientes, los que sólo se consiguen tras mucho anhelar, ya no están a su alcance. Y llegará el día —no muy lejano por cierto—en que, agotados los temas nuevos y extravagantes, cuando ya no haya quedado exotismo que lucir, se vuelva a los antiguos cauces, ya por entonces otra vez llenos de novedad, del más desesperante clasicismo. Y las mujeres volverán a lucir faldas y cabelleras. Y el arte volverá a representar el mundo tal como es, no como lo interpreta una mentalidad esquizofrénica. Y los existencialistas volverán a la normalidad higiénica, que hoy han olvidado, hasta que, cansados nuevamente, empiecen el círculo vicioso tantas veces recorrido.

Nada cambia, todo permanece.

París, laguna donde se miran las generaciones humanas y bajo cuyas aguas reposan otras, sigue siendo el mismo para el visitante: lugar extraordinario, exótico, terrible y bello. Asombroso y absurdo.

¡Causa tal pavor conocernos a nosotros mismos!

ALEMANIA

Páramos sombríos a través de la ventanilla, y el traqueteo monótono del tren burlándose de su paisaje malherido, envuelto en gasa de neblina. Atrás ha quedado Francia, la sonriente. Ahí delante el crudo diciembre agita sus brazos desnudos saludando al convoy que pita despavorido. Alemania. La de la leyenda de héroes rubios y blancas princesas de largas trenzas. La Alemania ruda que conmovió al universo y la romántica que hizo llorar a una generación con la música y el verso de sus genios. La de la cerveza y la sangre. La riente. Pero siempre, siempre, Alemania.

Stuttgart, Mannheim, Berlín y así tantas y tantas otras. Ruinas donde habita la raza eterna y heroica. En todos los rostros flota la angustia del ido. No hay cabello blanco que no lleve su historia dolorosa ni arruga que no cuente su tragedia. Los ojos azules hechos para ver horizontes, más allá, más allá, están empañados por recuerdos. Siempre abiertos, buscando la vida. Cerrarlos significa volver con los muertos, rememorar el tierno cuerpecillo sepultado entre cascotes o la sonrisa segura y confiada del soldado despidiéndose por última vez.

Las calles silenciosas. Sin gritos, ni risas, ni algazara navideña. Es diciembre, y el árbol y el Papá Noel se cargan de regalos, pero sin alegría, como cumpliendo con un rito. Y al lado de las ruinas, florecen las privilegiadas. Ahí está Heidelberg, a pocos kilómetros de Mannheim. ¡Un vergel por donde el Rhin cruza orgulloso esta vez! — ¡siempre es el mismo río que pasa bajo el puente¡— a la ciudad entera, intocable.

Soldados de ocupación gastan su buena paga con muchachas. Los dólares corren y Grimhilda. Erika, Johanna y tantísimas otras ríen con ellos pensando tal vez en el pan que llevarán a los suyos, o, quizá, porque nueva generación de post guerra— no saben de orgullos ni odios racistas como sus padres que ponen (¿por qué, si se portan bien?) cara hosca al ocupante.

Sin embargo, si el pueblo está vencido, la frente sigue en alto; no queriendo levantarse sobre las demás, peró sí levantada. La corrección no se ha olvidado, pues el lastre cultural que dejaron los siglos no lo harán desaparecer bombas ni derrotas.

amable el cobrador que uno se pone (En los tranvías y autobuses es tan en guardia, desconfiado, creyendo que viene a pedir dinero prestado.)

Se ha de saludar al pueblo que si bien no pudo ganar una guerra, supo perderla magníficamente.

SUIZA

No se puede. No se puede. No se puede.

No se puede vivir en Suiza con mentalidad latina. Menos con hispánica. Muchísimo menos con hispanoamericana.

Bello país de tarjeta postal. Preciosos pinitos intachablemente cónicos, arbolitos de construcción infantil. Hermosos lagos de tersa superficie con cisnes navegando su perfecto número dos. Encantadoras montañitas con sabroso aspecto de helado de confitería cara: entran ganas de cogerlas, ponerlas sobre una galleta y llevárselas al hermanito para postre. Calles derechitas, derechitas que si hacen alguna curva la efectúan con tanta suavidad, con tan moderada y correctísima urbanidad que uno no se atreve a tutearlas y se descubre para agradecer. Avenidas limpias, impolutas al extremo de doler profanarlas con el torpe taconeo de unos zapatos que sólo Dios sabe lo que han pisado. Así, todo tan bien construído, tan a propósito puesto en su sitio, sin nada de más ni de menos, es Suiza. Hasta las famosas vacas andan a saltitos sobre la verde hierba, y mordisquean cariñosamente el prado como aristocráticas damas a quienes gustan los rábanos, tratando de no dejar sitios blanqueados por la voracidad de sus cuatro estómagos.

Suizo se llama en España a un bollo desabrido que deja un gusto a indiferencia en la boca. Y así es el verdadero, el de carne y hueso. Precursor humano del robot, sin sentimientos ni pasiones intensas. Sin afición a nada como no sea al orden y al mecanismo, que, al fin y al cabo, es una manera como cualquiera de perder el tiempo.

El reloj no es otra cosa que el alma del suizo.

Y realmente, suizo sin reloj es hombre sin alma. Se venden los relojes en los comercios, pero jamás se ha dado el caso de que un particular venda el suyo, el que le ha guiado durante las veinticuatro horas del día y ha sido consultado cada vuelta del segundero. Venderlo sería convertirse en un nuevo Fausto.

Pero no un Fausto que se abandona en lo alto de un monte a filosofar, sino un Fausto que ha guardado su filosofía, la ha medido la ha calculado, la ha dividido, la ha multiplicado, sumado y restado para llegar a la conclusión que a la filosofía no vale la pena encuadrarla en la esfera luminosa ni en el mecanismo contra-choque, impermeable, antimagnético y de cuerda automática.

¡Guay del infeliz que, confiado en la ausencia de un guardia, tuviera la peregrina ocurrencia de arrojar un boleto de tranvía a la calle o se atreva a cruzar la calzada antes que el disco rojo no le otorgue su permiso! Inmediatamente oye un "bite" seco y autoritario; y ese "por favor" dirigido por un individuo a quien no se ha visto ni siquiera en una fiesta familiar, intimida al extremo de volver uno sobre sus pasos o alzar con sonrisa conejuda el papel tirado.

Los suizos no beben. Ni cantan. Ni se divierten. Ni comen. Ni duermen. Ni "na", como dijo aquel castizo.

¿Qué hacen entonces? Miran el reloj. Sin embargo, están convencidos de que viven en el Paraíso.

¡Por favor, señores! ¡Adán y Eva con reloj! Seriedad, seriedad.

Madrid, enero de 1952.

Don Quijote no Entra en el Celuloide

Entre las revelaciones gratas a EL DIARIO está la de Andrés María Cañete Cadenas, un espíritu español sensible a las manifestaciones culturales de nuestro país. Incorporado recientemente a su personal laborioso, ha gustado ya de alternar en el debate que en todas partes es, en esencia y extensión, la CULTURA. Le agradecemos su colaboración material e intelectual a este Suplemento.

• • •

La plausible labor que en pro de las Letras y de la palabra culta viene realizando este Suplemento Literario, con tanto acierto dirigido por el cerebro eficiente de don Luis Raúl Durán, se me antoja—permítaseme la expresión—algo parecido a lo que es el oasis en el desierto.

En un mundo turbulento, de bárbaros egoismos, con el progreso al servicio de la destrucción, y en el cual "todo tiene un fin económico o material", resulta altamente confortador la resonancia de lo Cultural. Artístico, Poético...

Por esto, no está demás que al lado de firmas autorizadas—ilustres algunas—se una la de quienes, aunque no tenemos nombre brillante, compartimos del ferviente deseo de que triunfe el idealismo noble y edificante sobre la bajeza de lo utilitario, lo Quijotesco sobre la plebeyez y villanía: lo que tenemos de Dios sobre lo que tenemos de arcilla.

Todo mortal que acomete una empresa grandiosa, bien sea poniendo a prueba valor, bondad o talento, es impulsado por lo ideal.

A veces la envidia ruin de los que muerden la planta firme de las grandes figuras, llega a eclipsar su obra, cuando no a destruirla y sumirla en el anonimato. Pero no es sólo este fenómeno el que hace que casi todas no sean lo conocidas y comprendidas que debieran. Tal es el caso del genial libro que da título a estas lineas (al escribir de la novela más grande que dió el idioma castellano, no se puede emplear otro calificativo que el de genial), al que nos proponemos recordar, aunque sólo sea someramente, en atención a los estrechos límites de un artículo periodístico.

• • •

La obra que en el mundo ha sido traducida a tantos idiomas y que ha reflejado magistralmente el sentir de una Raza; por la que se ha dicho también que "todo el que sabe leer es un lector más del "Quijote", no es lo conocida y comprendida que debiera serlo, como lo prueba un hecho elocuente:

Hace algún tiempo, una Empresa Cinematográfica de México, concibió la descabellada idea de llevarla a la pantalla para ridiculizar tan excelso personaje central, como lo hacía suponer la persona que fué designada para protagonista, Mario Moreno. De todas las demás artes, el inmortal libro del Manco de Lepanto mereció siempre el homenaje de la admiración. La película proyectada debía ser una sucesión atropellada de situaciones grotescas, en nada parecidas a las del original, para provocar el regocijo cerril o la necia carcajada del espectador de educación estética nula. Considerando la magnitud del desacierto, en su tiempo uní mis cuartillas de protesta en la unanimidad de la réplica. La tal idea—no podía ser de otro modo—no prosperó; se quedó en lamentable proyecto, y hoy el mundo lo tiene en olvido.

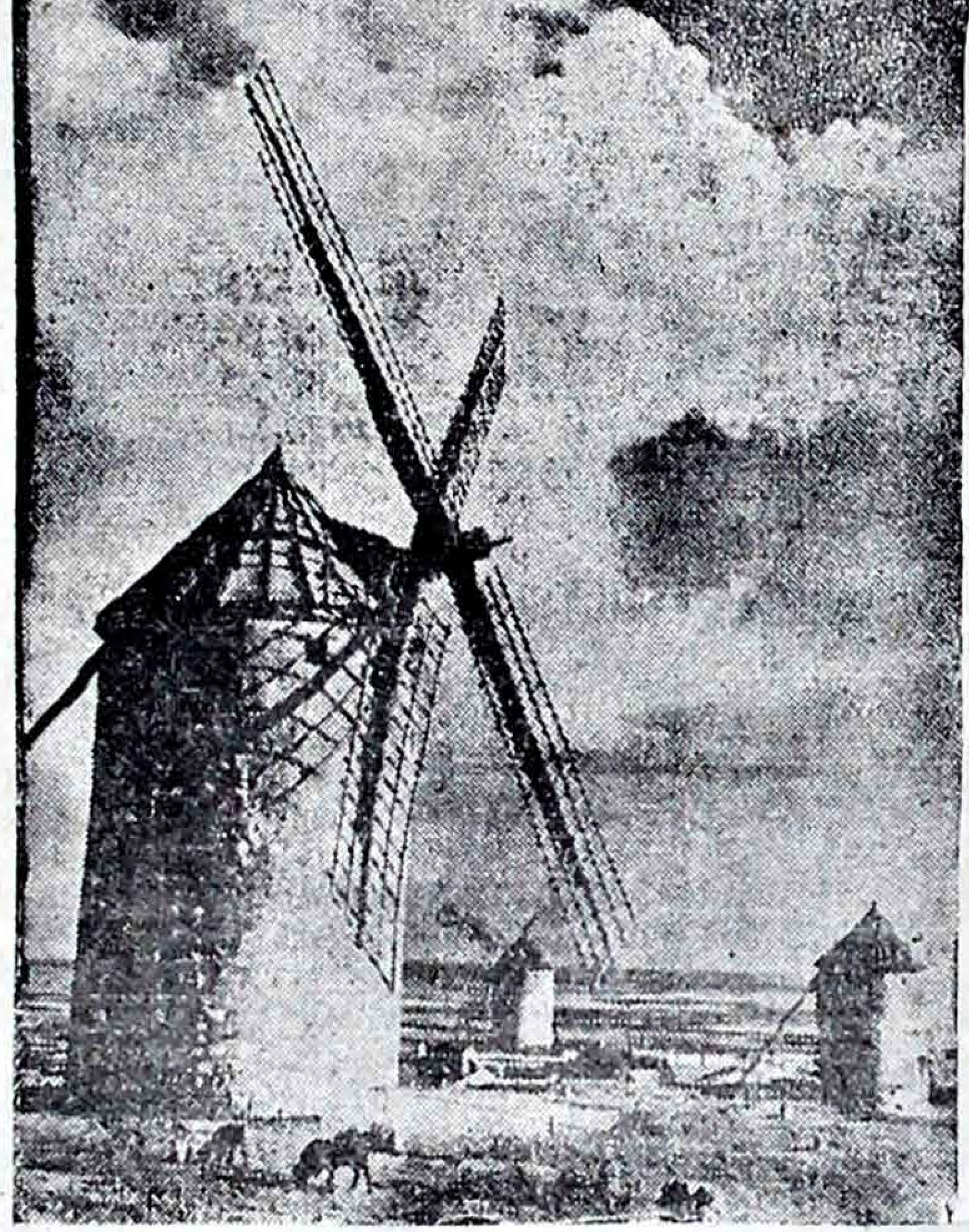
Aparte del grave desacato a la literatura universal que había en ello y el insulto manifiesto a la Raza Hispana, este hecho revelaba desconocimiento supino de lo que el Príncipe de los Ingenios Españoles se propuso y consiguió al escribirla: que el per-

Por
Andrés Mª. Cañete
Cadenas



sonaje Don Quijote fuera alto símbolo de las virtudes raciales, de todas las ansias nobles y generosas de aquellos que luchan en el mundo contra las bajas cosas de la tierra.

El ansia inextinguible de justicia, ese ansia noble y valiente de "enderezar entuertos y vengar agravios" que poseía el Hidalgo de la Mancha,



le llevó a librar una descomunal batalla contra los inertes Molinos de Viento, creyéndolos gigantescos enemigos, que, dada su locura, lo eran realmente en su mundo subjetivo, porque así salía de empapado de sus fantásticas visiones interiores; así los veía..., y así procedía...

La acción en sí, reveses y descalabros sufridos, si bien producen hilaridad, ésta queda en un plano muy inferior al que ocupa la gran ironía, si se aprecia el choque rudo entre lo bajo de la realidad y lo elevado de sus pensamientos.

Su supremo y pujante empeño de idealizar el inmenso horizonte que abarcaba su amplia visión, haciale concebir y contemplar hermosas doncellas o damas principales donde sólo había desenvueltas y sucias mozas de mesón; trocar la tosca bacía de barbero en refulgente yelmo de oro, o convertir en esbeltos y almenados castillos las achaparradas ventas de las polvorientas rutas castellanas...

Quien descubra en el Caballero de la Triste Figura sus profundos conceptos y toda esa fantasía riquísima, de majestad, que jamás concibió mente humana, madre de todo lo fantástico, de todo lo ideal, apreciará que si toca muchas veces lo sublime, nunca desciende a lo grotesco, a lo bajo, a lo plebeyo.

.. ..

Fué en España donde el "séptimo arte" logró dar cima a la empresa de proyectar en la pantalla "DON QUIJOTE DE LA MANCHA", pero, pese a encarnar el protagonista (identificado con el personaje que representaba), uno de nuestros mejores actores dramáticos, Rafael Rivelles, y atenerse rigurosamente en todos sus pasajes a la letra y al espíritu de lo escrito por Miguel de Cervantes, no dió el fruto que corresponde a la categoría de la obra, pues, aparte de la gran mutilación a que hubo de sometérsela, tuvo la desventaja sobre el escrito de que no se pudo saborear la pureza cristalina, realmente magistral, del idioma, que sólo un conocedor de la pericia y vasta cultura de Cervantes fué capaz de legarnos, lo que unido a los otros extraordinarios méritos que quedan ya apuntados, dieron paso solemne a este libro a la cumbre olímpica de los grandes monumentos literarios universales.

• • •

Por ser vigorosos tales rasgos raciales en el bizarro pueblo boliviano y percibirse acusada tendencia de superación cultural, propugnamos, como uno de los fines, por una mayor difusión y estudio en Bolivia del libro que Don Miguel de Cervantes Saavedra tituló "EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA."

La Paz, enero de 1952.

La Vida del Magisterio

Por el Prof. José T. DEL GRANADO

El Profesor José T. del Granado, autor de valiosos textos de estudio e investigación, entre los que se destaca "Plantas Bolivianas", ocupa lugar en este Suplemento, con una nueva colaboración que agradecemos. La suya es pluma autorizada en asuntos atañaderos al Magisterio Nacional.

• • •

Desde hace algunos años, ciertos grupos políticos han considerado al Magisterio como resorte de popularidad, y a la enseñanza como plataforma del codiciado mando, tomando como tema para esto la DIGNIFICACION DEL MAGISTERIO

Dignificar, según su etimología, es hacer digno; y, por consiguiente, sólo necesita la dignificación aquello que carece de dignidad. Pero, ¿cómo es posible hablar o imaginarse semejante barbaridad tratándose del Magisterio? ¿Y que el Magisterio se quede satisfecho de estas declaraciones u ofertas?

La dignidad del Magisterio es tan excelsa que sólo cede a la del sacerdocio; si ya no preferimos decir que el magisterio es un sacerdocio de la educación, como el "sacerdocio católico es magisterio del orden sobrenatural". En realidad a Jesucristo, Sumo Sacerdote de la Nueva Ley, se lo llamó **"El Maestro".**

Desde el momento que el Magisterio existe, tiene vida floreciente, y es por necesidad dignísimo, como órgano natural de una de las más elevadas funciones sociales. Lo que necesita, no es dignificarlo, sino **vivificarlo'** hacer que viva, y viva con vida exuberante y con esto alcanzará necesariamente lo más alto de la dignidad que por naturaleza le corresponde.

Vivir, es la actuación de los seres superiores. **"Dar vida a lo que no tiene vida, es privilegio divino"**, o el resultado de combinaciones químicas en un momento dado, según las creencias, y, de todos modos, el hombre tiene la facultad o el poder de hacer una vida más intensa.

Eso hace el maestro cuando realmente enseña, pues, enseñar es propiamente acrecentar la vida de las inteligencias, eso hace el educador cuando educa; intensifica la vida de la voluntad.

Es ley natural, que sólo quien viva intensamente puede intensificar la vida; y por ello, para que el magisterio sea vivificador es necesario que tenga vida intensa.

Ahora bien, la vida del magisterio ofrece cuatro aspectos o fases:

1.º **La vida moral profesional;** porque antes de vivir para los demás, es menester vivir para sí y para sus educandos.

2.º **La vida pedagógica,** porque educar es hacer prácticamente Pedagogía.

3.º **La vida oficial** para el maestro público y aún para los de colegios privados, cuando éstos tienen relaciones con el Estado, y, finalmente, el

4.º Aspecto de **La vida social,** porque todo maestro, es un órgano de la sociedad, así como la escuela es parte del organismo social.

Hoy nos ocuparémos de la primera fase o aspecto de la vida del Magisterio.

LA VIDA MORAL PROFESIONAL DEL MAGISTERIO

La escuela es la conductora, puesto que la primera son los padres. El niño que entra en la escuela, siquiera ésta sea de párvulos, es ya un ser moral; trae una personalidad más o menos desenvuelta y una levadura de ideas y sentimientos morales, a las que el maestro **tiene obligación de darles forma, intensificarlos e ir perfeccionándolos.** Pero para este efecto, claro está, que es necesario que el maestro viva, no como quiera una vida moral, sino una **vida profesional intensa.**

Ahora bien, ¿cómo se podrá medir o mejor comprobar esa vida intensa



de un Maestro? Hasta este momento reina un error harto extendido, no sólo en los individuos ajenos a la escuela, sino también en las altas autoridades educacionales. Para remover a un maestro de cargo docente te exigen certificados de moralidad y buena conducta. Es un error, no basta para la eficacia del Magisterio aquél de moral profesional que puede acreditar por un certificado de un director, visado por un Subprefecto o un director provincial. Sino es menester una moralidad profesional intensa, cuya medida no puede determinarse en las leyes, sino ha de hacer de la íntima convicción del Maestro, de su vocación, de su celo y entusiasmo por la acción generadora que le incumbe.

El influjo moral que producen los verdaderos maestros en sus alumnos, con nada se puede comparar mejor que con la influencia magnética que derraman en torno de sí los cuerpos electrizados. "Pero para que esta influencia sea perceptible; para que produzca efectos luminosos y terapéuticos, no basta cualquier grado de electrificación, sino es menester que alcance una tensión muy alta." Por semejante manera, no basta que el maestro observe una conducta moral; que su vida exterior sea irreprensible, para que ejerza, desde luego, este **magnetismo de la personalidad,** en que consiste el mayor secreto de la acción educativa, aún inconscientemente, lance de sí esa especie de ondas hertzianas, que despierten en los ánimos infantiles la respuesta de sus aptitudes intelectuales y morales. "Como para enviar a distancia las hondas hertzianas del telégrafo inalámbrico, no basta la tensión eléctrica producida en un cilindro de cristal por frotamiento de un trapo de lana; es menester una poderosa bobina que lanza potentes influencias a través de los dilatados espacios."

Ahí tenéis la imagen del verdadero maestro; del maestro eficaz y bienhechor, del maestro de vida eminentemente intensa, que irradia de sí ese **magnetismo de la personalidad,** cuya influencia experimentan los alumnos desde que pisan el umbral de la escuela, aún sin darse cuenta de ello por su poca edad o su habitual distracción.

Los niños que han tenido la dicha de hallar un maestro semejante, no podrán olvidarse de todas sus enseñanzas, menos se borrará de lo más hondo de su conciencia la imagen del maestro; y a través de la distancia y los años, y en medio de las tormentas de la vida, esa imagen del hombre que formó sus sentimientos, perseverará la venerable figura de un padre; como persevera el recuerdo amoroso de una madre, iluminando y consolando en los más procelosos trances de la vida.

• • •

Los padres poseen, para regir al niño, una **autoridad natural.** Los maestros necesitan también **autoridad;** pero no la pueden adquirir por otro medio, sino mediante su preparación y sobre todo su superioridad moral. Si el maestro no tiene una de estas condiciones, no podrá imponerse al niño, menos al adolescente de un modo eficaz, resultando consiguientemente poco o nula su labor de educador, en consecuencia el maestro debe poseer como condición indispensable, una moral profesional que lo invista de una autoridad natural; como padre suyo en el orden de la educación.

Pues cosa notable es que, en este respecto, ejerce mayor influencia sobre el niño, se le impone más eficazmente la virtud y la ciencia del maestro. Por la ciencia, el maestro se prestigia y le da cierta preeminencia, por la virtud se impone como algo absolutamente superior que lo subyuga; porque quien obra de continuo con arreglo a las normas de la virtud pedagógica, se eleva sobre las demás virtudes humanas.

Ahora bien, indicaremos cuáles son los medios de que el maestro dispone para acrecentar estas virtudes profesionales: la meditación, el examen y la acción.

La meditación es la aplicación asidua y profunda del entendimiento a la consideración de los problemas que ofrece la práctica diaria de la educación y la enseñanza. Para esto es necesario la lectura diaria de libros pedagógicos y filosóficos, sin entrar en consideraciones especulativas, sino de la aplicación detenida y concienzuda de la inteligencia a los problemas prácticos y concretos de la función docente.

El examen ocupa un lugar intermedio entre la meditación y la acción y sirve para elevar gradualmente ésta a la altura proyectada en aquélla. En la meditación vemos **cómo habríamos de obrar;** el examen nos descubre **cómo obramos,** por consiguiente, estableciendo la ecuación entre los dos miembros consistirá la perfección profesional del maestro.

Para el examen profundo citaré también algunos ejemplos, sobre lo que el maestro educador puede efectuar.

¿Soy yo un maestro educador? O lo que es lo mismo, poseo y transmito los conocimientos debidos y al propio tiempo desarrollo, despierto y guío las facultades y sentimientos de mis discípulos? ¿Estudio y conozco al niño al cual he de enseñar?

¿Tengo constantemente presente cuál es el fin al que conduzco a mis alumnos?

¿Tengo presente las cualidades y virtudes que exige la gran obra del Magisterio? ¿Las conozco?

Todo maestro debe tener constantemente presente y aprenderá la finalidad de su obra educativa, las palabras del Maestro de los maestros, Jesucristo: ¡Padre mío, de los que me diste, no he perdido ninguno!" Es decir que el maestro cumplirá su verdadera misión, haciendo que ninguno de sus discípulos que se hallen bajo su responsabilidad, con la mansedumbre y paciencia, con la dedicación y tino que son el alma del educador, se pierdan.

Cuando llega el maestro a esta altura de su sagrada misión, se rodeará de un halo de autoridad sobrenatural, triunfará en su sacerdocio y será respetado y admirado por propios y extraños.

La Paz, enero de 1952.

ELOGIO A LA PERSONALIDAD

Por
Edo. Ocampo Moscoso

Cristalizar una simbología de la personalidad—esa corporeización de gemas rutilantes que despierta al paso del varón recto, aversión o simpatía—será tarea paciente, agradable y tesonera para quien, en viaje retrospectivo acompañar quisiera, entre muchos, a Plutarco de Queronea, más que por los territorios del Atica o Egipto, por los mundos subjetivos de esos griegos y romanos que encendieron una estrella en sus caminos sombreados por la meditación, o enjoyados por la piedra blanca de sus aconteceres sin par. O bien sería labor de sapientes remembranzas asomarse a las veladas delectaciones de Juan de La Bruyére, que, desde el versallesco Palacio de Condé, superando a Teofastro, su modelo, buriló retratos inconfundibles en la gama costumbrista de su época.

Si la personalidad es aureola que enmarca la vida del hombre dominado por una fiebre de superación moral o intelectual, como el halo que en torno a los astros y estrellas hace más leslumbrante su presencia, en el escenario humano aquélla es la diadema del valer, la definición del individuo, el pleno desarrollo de sus facultades trasuntadas en un modo de ser indoblegable y permanente.

Si Tiberio, el hijo de Claudio Nerón y de Livia, fué la personificación del resentimiento, Boecio el melancólico de la Consolación Filosófica puede ser el espécimen de la personalidad. Figuráos, sino, hace más de catorce siglos, el ilustre discípulo de Simaco, predilecto del ostrogodo Teodorico—dominador de Roma—, imponiendo su voluntad condicionada al bien para evitar la arbitrariedad, cortar el abuso, aniquilar la impudicia. El patriciado de Boecio, en la ciudad de las Siete Colinas, fué la del hombre que dirigió el poder sin sojuzgarse al servilismo; que en el acatamiento a la deferencia del mandatario real no esclavizó sus procedimientos consagrados a la liberación del pueblo romano. Imaginad la prepotencia del resentidizo arriano frente a la comisión de gobierno que desempeñaba el suave y dúctil neoplatónico.

Después de su martirio en Pavia, cautiverio infinito, el filósofo no hubo de declinar en su reciedumbre antiesclavista, ni aún en instantes en que la cuerda apretada a su cabeza le hiciera saltar los ojos empañados, tal vez, por el recuerdo de Rusticiana, su amada.

Consumada la atroz represalia del ostrogodo, la actitud indómita de Boecio se convirtió para Teodorico en el anatema y la afrenta que, en tardío arrepentimiento, consumiría los aciagos atardeceres del bárbaro. Tal el arquetipo de la personalidad.

Ella se forja en cada instante de la vida, se enciende en cada ráfaga en que los vientos encontrados de la duda, querrían avasallar la decisión del individuo que vislumbra la meta de superiores designios.

Nielar una personalidad es ser Imperátor de sí mismo; es colocarse al servicio de un ideal que se soporte de la acción; en vigilia de un constante altruismo hacia los imperativos que la colectividad impone al que presiente ser su conductor en el orden a que sus aptitudes le señalen.

Tener personalidad es brindar los recursos de una capacitación en continuo ejercicio ascendente. Cuidaos del rastacuero que simula talento o se las da de entendido. Cuidaos de quien cree que la contradicción enfilada como hábito es un modo de distinguirse. Ellos no tienen sino opaca la conciencia porque un simiesco automatismo les hizo caer en la puerilidad. Cuidaos también de los que, creyendo dominar una disciplina, aislada del maravilloso conjuro de la vida y del saber infinito en sus estadios, preguzgan la inferioridad de los demás, como si la limitada visión que depara el tragaluz carcelario impusiera término al estupendo cosmorama de las lejanías siderales. Ello es no tener personalidad y querer adocenar la inquietud ultrajada por la circular limitación de la argolla. La personalidad es una suerte de amplitud concentrada. Lo demás es estrechez que se petrifica ante la mirada letal de la Gorgona.

Del conjunto de las posibilidades en potencia, del armonioso discurrir de las fuentes subjetivas, de la suma de conocimientos en perenne confrontación con los veneros de donde proceden, se va perfilando la personalidad, como si en la copa del más fino cristal de Bohemia concitara a su embriaguez de color el prisma de nuestros ensueños y aspiraciones.

En el ámbito social que condiciona mútuamente al individuo, hay que crear también el sentido de la personalidad. Mil influencias, como la áurea lluvia que poseyó a Dánae en su broncíneo cautiverio, pueden llegar desde fuera. No las interfiramos, sino que, tamizadas en la entraña virgen, sirvan para engendrar un nuevo Perseo que aniquile los ímpetus de todas las medusas del odio y de la despersonalización

Acojamos las mejores semillas para dar categoría propia a nuevos cultivos. Y esto, dentro de la Ciencia, de la Vida, del Arte, y, en general, dentro de la Cultura que es maceración perenne. En nuestro medio, pecamos de ese síndrome de la despersonalización hasta en la venia que se da a las malas costumbres. Los rótulos de entidades sociales o deportivas son ridiculamente emprestados del inglés, y hay gentes que se jactan de entender únicamente a Chopin o Beethoven para subestimar lo que proviene de las entrañas telúricas del Ande.

Sin renunciar a los grandes ideales que son patrimonio de la humanidad, que pugna por conquistar el derecho de vivir en un mundo mejor, debemos forjar una fisonomía de pueblo y de nación conscientes de su pasado y aún más conscientes de ocupar un sitio propio y universal en el porvenir. Y ya que identificamos, como la aurora con el día los términos cultura y personalidad, no olvidemos lo que el maestro José Enrique Rodó dijera a Anatole France en noche de gloria (16 de julio de 1909) para el intelecto uruguayo:

"En su obra lenta y penosa de cultura, estos pueblos de América han sido forzosamente, hasta hoy, tributarios del espíritu europeo. El faro orientador que razas predestinadas fijaron, hace millares de años, en las costas del Mediterráneo, azul y sereno, orlándolo con las ciudades creadoras de la civilización, permanece aún allí, sin que otra luz haya eclipsado sus fulgores. Somos aún, en ciencia y en arte, vuestros tributarios; pero lo somos con el designio íntimo y perseverante de reivindicar la autonomía de nuestro pensamiento, y hay ya presagios que nos alientan a afirmar que vamos rumbo a ella. Aspirando eficazmente a alcanzarla os demostraremos a los que ejercéis desde vuestras cátedras ilustres el magisterio de nuestra cultura, que hemos aprovechado vuestras lecciones y vuestros ejemplos. Consideramos los americanos que nuestra emancipación no está terminada con la independencia política, y la obra en que hoy esforzádamente trabajamos es la de completarla con nuestra emancipación espiritual. Os escuchamos y admiramos, pues, a vosotros, los maestros lejanos, no como el siervo que ha abdicado su personalidad inhibida, sino como el alumno reflexivo y atento, para quien la palabra magistral, lejos de ser el yugo que oprime, es, por el contrario, impulso y sugestión que estimulan a investigar y pensar por cuenta propia."

Para forjar una personalidad individual o colectiva, necesario será bañarse en las aguas del Estigia o la fuente de Arcadia de la experiencia y del intelecto, para tornarse invulnerables, más Aquiles, a los cuotidianos asedios de la mediocridad en función de criticastra y de la imitación servil que suele señorearse en ambientes propicios al descalabro de todos los valores morales.

Literatura de la Postal

POR ORESTE PLATH

Otro aspecto era la literatura impresa en la postal; por lo general, versos fríos, frases estereotipadas, cuando no afectadas. Como que el enamorado compraba hecha la misiva para la dama de sus sueños.

Y si de la leyenda impresa se pasaba a la manuscrita, interesante resultaba el texto, que puede ser verso, prosa, retruécano o lisonjas.

He aquí algunas coleccionadas:

"Te pido con esta postal
que no seas tan mortal."

La interpretación, el sentido de esta estrafalaria letrilla, queda a cargo del lector.

"En tu jardín
una noche deslumbrado me quedé
al ver dos hermosos soles
cuando tus ojos miré."

Este tipo de emoción y retórica lograba éxito.

"Quisiera ser pajarito,
hacia tu alcoba volar,
darte un beso en tu boquita
para que sepas amar."

La ingenuidad y el candor se unían al deseo.

"Pórtate bien como este niñito
para que pases el puente de la vida
acompañada de tu ángel terrestre."

La alegoría de la postal sugirió la composición.

"Las estrellas del cielo
cuéntalas de dos en dos
y si te parecen muchas
mucho más te quiero yo."

Sideral misión y cariñosa afirmación.

Y, finalmente, terminaban así la mayoría de estas epístolas:

"¡Contestación!" "Disculpe, por favor, la letra, **sin contar el consabido manchón de tinta y la falta de ortografía.**

(VIENE DE LA PAG. 2ª)

Nada más que el capital unido al esfuerzo del músculo, con una sabia organización socialista, entregaría al mundo desquiciado por el materialismo, nuevas rutas a su destino superior. El mismo libro se refiere también al acontecimiento continental de esos años, cuando la paz de Sud América fué turbada por la guerra del Chaco. En una breve referencia llama la atención del lector sobre la **neutralidad benévola** de la República Argentina, cuyo gobierno, con el general Justo a la cabeza, cortó los víveres al ejército boliviano en plena campaña.

El último libro de Ryden (1944), referente a Bolivia, escrito en inglés, y cuyo título, **"Contribuciones a la arqueología de la región del río Loa",** basta para conocer los tópicos de carácter científico que preocupan a su autor. Consigna que el río Loa es, o pertenece a la cordillera andina del Alto Perú, que la dominación incásica ocupaba toda esa zona, es decir, el Sud de los dominios, hasta el Norte de lo que hoy posee Chile por derecho de conquista. Dice que la alfarería descubierta en diversos puntos de ese río son de tipo tiahuanacota o preincásico.

Merced al esfuerzo de Ryden, ostenta el Museo Nacional de Goteborg del que es director, una rica colección arqueológica boliviana, que es admirada por científicos y por turistas de invencible curiosidad.

Javier BAPTISTA